

## MARÍA CONCEBIDA SIN MANCHA.

Hay una ley que pesa sobre nuestra naturaleza caída, ley de muerte en virtud de la cual todo renuevo de la raza humana nace privado de la savia sobrenatural que originariamente animaba á nuestro primer padre.

Nadie escapa de esta ley.

Sólo Dios, al tomar nuestra carne, apartó de su concepción la culpa, porque apartó el poder activo á virtud del cual es engendrada toda carne.

El que nace, á virtud de la fuerza engendradora del hombre, recibe la muerte, al mismo tiempo que la vida.

La Virgen, predestinada para ser Madre de Dios, no vino á la vida por camino diverso.

“Envuelta, como toda creatura humana, dice el P. Monsabré, en la corriente de la generación humana, debía ser fatalmente arrastrada por la corriente del pecado.”

“Cuando leo su genealogía, agrega el P. Monsabré, creo escuchar como un ruido siniestro, semejante al de un río fangoso cuyas olas se precipi-

tan, después de haber mezclado, á la onda pura que recibe de las blancas nieblas, el limo de los campos por ellas devastados.”

¿Cómo pudo evitar la Virgen ser arrastrada por esa corriente? ¿Cómo pudo escapar á la invasión de la culpa que todo lo arrasa?

“Ya escucho, responde el P. Monsabré, que viene del cielo el río de la redención, llamado por la esperanza y penetrado de una virtud reparadora que debe á los méritos futuros del Verbo encarnado, y que va hasta la cuna del género humano al encuentro del pecado.”

Un privilegio especial liberta á la Virgen de ser herida por la culpa de origen.

Dios omnipotente, dueño de todos los bienes, así lo quiso.

Desde el momento que se asoció á una mujer para la reparación del humano linaje, desde el instante que decidió crear una madre para su Hijo, el Verbo divino, ha debido necesariamente crearla más limpia que el sol y tan pura como el aliento que sale de sus labios divinos.

El mismo se encargó de anunciarlo así, por figuras y profecías, á todas las generaciones humanas.

La zarza ardiente que vió Moisés, conservando en medio de las llamas la humedad de su savia, la frescura de sus hojas y el perfume de sus flores; la vara de Arón, floreciendo en las soledades del tabernáculo; la arca de la alianza, en la que se conservaban, con las tablas de la ley, los recuerdos de Jehová; la valerosa Débora, la valiente Judit, que combate por el pueblo de Dios, la bellísima y tímida Esther, que aplaca la cólera de un rey celoso de su gloria y que abre á los hijos de Jacob el camino de la patria, delineaban, en hermosísimos rasgos, á la Virgen poderosa, á la Virgen sin mancha, que había de traer en su seno, para la redención de la humanidad, á un Dios, hecho hombre.

Y no sólo las figuras: la profecía anunciaba, con toda la seguridad que tiene la palabra inspirada, el hermoso privilegio de la Virgen Madre.

Entre las nieblas de la primera culpa, cuando los padres del género humano habían infringido el mandato divino, cuando caía sobre ellos la maldición de un Dios ofendido, escuchan, de los labios mismos del Creador de los mundos, una palabra consoladora y bendita que les hacía entrever á la Virgen sin nombre que había de oprimir, con su virginea planta, la cabeza de la serpiente.

David columbra su belleza y con su lengua profética, más rápida que la de aquel que escribe con rapidez, saluda á la majestad de la reina que ve sentada al lado del rey, que ha de triunfar del pecado.

Salomón dirige sus cantos á la más bella de las mujeres, á la aurora de la redención, al astro radiante que recibe las caricias del sol eterno, á la paloma que vuelve á la Arca, sin que se manche su inmaculada pluma.

Más cercanos á la plenitud de los tiempos, después de haber contemplado la fuente misma de las grandezas de la Virgen, que es su divina maternidad, los profetas anuncian al mundo la gran señal de las misericordias, la nueva y única maravilla de la omnipotencia de Jehová, la Virgen que concebirá y dará á la luz al que es llamado Dios con nosotros, la mujer, por excelencia, que sola, y sin más amparo que la virtud del Altísimo, era madre del Salvador esperado.

“Desde entonces, dice el P. Mensabré, se oyen circular entre los pueblos rumores misteriosos, el nombre de una mujer se mezcla á la tradición de un Redentor por todas partes esparcida, la virgen que debe dar á luz recibe los homenajes de

los viejos Druidas, y la voz armoniosa del cantor del Tíber invita al niño divino, en quien el mundo espera, á reconocer á su madre con una sonrisa."

*Incipe, parve puer, risu cognocere matrem.*

La palabra divina, en las figuras y en la profecía, se ha hecho escuchar: la Virgen, que había de ser la madre de un Dios, tenía que ser concebida en el orden que se concibe en la naturaleza, pero tenía que ser concebida sin la mancha de origen.

La razón humana persuade también dé que esa concepción tenía que ser sin mancha original.

Dios y la Virgen asociada á la obra de la redención humana tenían que ser el padre y la madre de un mismo hijo, de un mismo Dios.

No puede comprenderse esa misteriosa é inefable comunidad de autoridad y de amor, entre la esencia eternamente pura y un ser sumergido, aunque no fuera más que un instante, en las corrientes del pecado.

Por otra parte, la humanidad del Salvador no podía nacer de la unión vulgar de la carne con la carne: esa humanidad fué concebida á virtud de una casta y divina operación.

El Espíritu Santo debía descender, para realizarla, sobre la Virgen, Madre del Verbo.

"Esta unión del Espíritu Divino y María no podía, dice el P. Monsabré, ser turbada por un recuerdo amargo; no concibe la razón que en el momento mismo en que el Espíritu de luz tomara, en la sangre de la Virgen, la sangre de la redención, el espíritu de las tinieblas pudiese decirle: Un día fué mi esclava esa Virgen con la que ahora te unes."

A las figuras y á las profecías, que tenían por otra parte su razón de ser, como acaba de indicarse, en las inspiraciones de la razón, debe agregarse la tradición no interrumpida desde el momento en que las profecías enmudecieron.

Al lucir sobre el mundo el sol esplente del cristianismo, la humanidad, ante sus castísimos esplendores, rindió culto al Dios que había espirado sobre una cruz y presentó sus adoraciones y sus ternuras á la Virgen sin mancha que con él padecía sobre la montaña del Calvario.

Desde entonces las generaciones todas cristianas han reconocido en María el privilegio singular de su Concepción sin pecado.

"Como de la tierra inmaculada había sido forma-

do el hombre primero, decía el Apóstol San Andrés, pocos momentos antes de sufrir el martirio, así era preciso que Cristo naciese de una Virgen Inmaculada.”

Santiago el Mayor, en su liturgia, llamaba á la Madre de Dios, la Virgen, María Santísima é Inmaculada siempre.

San Marcos, San Ignacio de Antioquía y San Dionisio el Areopagita llamaban á la Virgen Santísima, elevada sobre todos los espíritus angélicos.

Tal es el resumen de la tradición en el primero de los siglos cristianos.

“Fué engendrado el hombre de una Virgen, decía San Ireneo, y de esta manera, por la obediencia de María, quedó desatado el nudo de la desobediencia de Eva.”

En estas palabras de San Ireneo y en otras de San Justino, ambos representantes de la tradición eclesiástica en el segundo siglo, se nota desde luego la antítesis entre la muerte que produjo la desobediencia de Eva y la vida que nos fué alcanzada por la obediencia de María.

Para que esta antítesis subsista, preciso es que María no se haya contaminado con la desobediencia de Eva.

“La Arca era el mismo Salvador, decía San Hipólito, en el siglo III, fabricada de maderas exentas de corrupción, es decir, de la Virgen y del Espíritu Santo.”

El mismo privilegio, el privilegio de la Concepción sin mancha, era proclamado por Orígenes y San Gregorio en el siglo III.

“La Madre de Dios, decía San Ambrosio en el siglo IV, es una vara derecha en la que no se encuentra ni el nudo de la culpa primera, ni la corteza de la culpa actual.”

“La Bienaventurada Virgen es la nube del día, decía San Jerónimo, porque nunca estuvo en las tinieblas, sino siempre en la luz.”

San Efrén y San Crisóstomo, enseñan; en el mismo siglo, que la Virgen estuvo muy ajena de toda mancha de pecado.

“Estas palabras: *Dios te salve, llena de gracia*, muestran, decía San Agustín, que María *íntegramente* fué excluida de la ira de la primera sentencia y restituida á la plena gracia de bendición.”

San Pedro Crisólogo, y San Proclo, que florecían, como San Agustín, en el siglo V, reconocían el privilegio de la Concepción sin mancha de María.

Pascual, poeta del mismo siglo, así cantaba, hablando de la Virgen:

*Et velut, e spinis, mollis rosa surgit acutis,  
Nihil, quod laedat, habens.*

San Fulgencio y San Anastasio, en el siglo VI; San Ildefonso, San Sofronio y San Andrés de Jerusalén, en el VII; San Juan Damasceno, en el VIII; el venerable Paulo, en el IX; León VI, Emperador de Oriente, en el X; San Gualberto, San Pedro Damiano y San Anselmo, en el XI, y San Bernardo en el XII, han sostenido invariablemente, como representantes de la tradición eclesiástica en esos siglos, el privilegio de la concepción sin mancha de la Virgen María.

Santo Tomás, el gran genio de la Iglesia católica, sostiene, según enseñan algunos intérpretes, la contraria tesis.

Tres clases de testimonios pueden invocarse sobre esta materia, tomados de las obras del Doctor Angélico.

El primero, es el de aquellos textos que parecen opuestos á la tesis tradicional; el segundo, el de aquellos que de algún modo debilitan ó contradicen aquellos textos, y el tercero, el de aquellos que favorecen y sostienen la tesis cristiana.

Los primeros y los segundos, que se encuentran en la tercera parte, cuestión 27, art. 2 de la Suma; en la primera parte de la segunda, cuestión, 81, art. 3; en el libro 2 de las Sentencias, distinción 31, cuestión 1, art. 2; en el libro tercero de la misma obra, distinción 3, cuestión 1, art. 1; en el libro cuarto de la propia obra, distinción 143, cuestión 1, art. 4; en el libro sexto, cuestión 5, art. 7 y en el opúsculo 2, cap. 224, no hacen más que afirmar la ley universal de que todos los hombres están sujetos á la culpa original y que nacen hijos de ira, de donde infiere Santo Tomás rectamente la necesidad de la redención para todos los hombres absolutamente; según esa ley, y según esa necesidad, Santo Tomás afirma que la bienaventurada Virgen debió contraer esa mancha; pero nunca afirma que ciertamente la contrajera.

Y esto claramente se deduce de los mismos textos antes invocados en que habla de una doble redención, de la liberativa después de la culpa y de la preservativa antes de la culpa.

Según la mente de Santo Tomás, bien expresada en la primera parte de la segunda, cuestión 106, art. 2, para que alguno se diga verdaderamente redimido y participante del fruto de la

redención, basta que nazca deudor, ó con la deuda de contraer el pecado del primer padre; pero de ninguna manera que lo contraiga de hecho.

Por el solo hecho de que nazca con la deuda, puede librarse por la gracia preveniente de Cristo.

La redención, según una frase de San Bernardo, desata y preserva.

La redención desató á los hombres, preservó á María.

Hay textos en las obras de Santo Tomás que consignan expresamente la tesis tradicional. "De mil varones, dice en el comentario de la Epístola á los Gálatas, encontré uno solo, el Cristo, exento de todo pecado. De entre las mujeres no encontré á ninguna exenta de pecado original ó venial, exceptuando á la Virgen María, purísima y digna de toda alabanza."

En el Opúsculo sobre la salutación angélica, se hayan estas palabras: "La misma Santa María, fué purísima de toda culpa, porque no incurrió en pecado original, ni venial, ni mortal."

De esta brevísima exposición resulta que Santo Tomás en unos textos sólo establece la ley general del pecado y la necesidad de la redención; en otros establece que hay un modo excelente de

redimir, que es la preservación, como enseña San Agustín, y en otros manifiestamente declara que la Virgen fué exenta de toda culpa.

El mundo todo, en los siglos que corrieron del XII al XIX, acentuaba más su creencia en este admirable privilegio.

El Pontífice de la Iglesia Universal, el Inmortal Pío IX, escuchando la voz de la humanidad y colmando los deseos de las generaciones que saludaban á la Reina del cielo, libre de la culpa original, declaró pronunció y definió que la doctrina que afirma que la bienaventurada Virgen María, en el primer instante de su Concepción, por una gracia singular y un privilegio de Dios omnipotente, y en gracia de los méritos de Jesucristo Salvador del género humano, había sido preservada y totalmente exenta de la mancha del pecado original, es una doctrina revelada y que debe, en consecuencia, ser firme y constantemente creída por todos los fieles.

El mundo católico se iluminó, y fiestas pomposas acogieron, de un polo al otro del mundo, el dogma de la Inmaculada Concepción.

El Verbo de Dios ha guardado fielmente su paraíso.

María ha sido preservada de la mancha original: no han podido germinar en su alma los abrojos, las espinas, las mal sanas y vergonzosas plantas que deshonran nuestras almas.

#### BELLEZA DE MARÍA.

La Virgen María fué preservada, desde el instante de su concepción, de la mancha de origen.

El pecado original consiste en la privación de la justicia y de la santidad con que Dios había dotado á la naturaleza humana, y en el retorno de ésta á sus principios esenciales.

Es, pues, evidente, que para que la creatura quede preservada de la culpa de origen, se necesita la infusión, en ella, de una gracia que la res-tablezca en el estado, singularmente privilegiado, en que el primer hombre saliera de la mano de Dios.

Guardar y embellecer, dice el P. Monsabré, son dos actos conexos del Verbo de Dios, al preparar su morada terrestre.

Había preservado á la Virgen en su concepción

de la primera culpa: era preciso también que la embelleciera con dones singulares.

Todas las bellezas de María están, en germen, en una primera gracia de inocencia y de santidad.

Esa primera gracia es de una excelencia incomparable.

“Es manifiesto, dice Santo Tomás, que cuanto más se acerca un ser á su principio, más participa de la eficacia de ese principio.”

“Por eso, agrega Santo Tomás, que los ángeles están mejor dotados que los hombres, porque están más cerca de Dios.”

La Virgen María está más cerca de Dios, que los ángeles: era la Virgen predestinada para revestir con su carne al Verbo de Dios y para llamarle su hijo.

La Virgen estaba cerca del Padre, porque virtualmente participaba de la generación paterna del Verbo de Dios; estaba ligada con el Hijo, porque era la madre del Verbo, y era el Santuario del Espíritu Santo, porque él realizó en su seno la formación del cuerpo que había de tomar la divinidad.

La Virgen no solamente mantiene con la Trinidad divina esas augustas relaciones que tanto la